

Febrero 2018

La Curruja

Revista Cultural Independiente - Nº 18 - Segunda época



Retrato de José Luis Prada
por el pintor cacabelense
Pepe S. Carralero



Pepe Álvarez de Paz

A Cristóbal Gabarrón

(artista murciano afincado en Valladolid,
donde cuenta con una Fundación, y una sede en Nueva York)

*Querido Cristóbal Gabarrón: donde poetas
de todo el mundo, juntos en un libro, ven a tus
criaturas, yo te veo a ti, en los atardeceres de Noceda.*

Árbol bajo las lanzas de la lluvia,
árbol que ve más lejos que nosotros,
dominador del barro y los metales
dibujando el perfil de un tiempo nuevo.

Escuchad ese grito, esa palabra
es hija del recuerdo y de la pérdida
que toda inspiración es el regreso
de una esperanza antigua, compartida.

Una flecha de pájaros humanos,
en el pico un aliento de arribada,
avanzan hacia un mundo solidario.

Para ese niño que llevamos dentro
el gozo de estar vivo entre los vivos
aprendiendo a jugar en tierra firme.



EDITA: COLECTIVO CULTURAL "LA IGUIADA"

COORDINADOR: MANUEL CUENYA

FOTO DE PORTADA: RETRATO DE JOSÉ LUIS PRADA POR EL PINTOR CACABELENSE PEPE S. CARRALERO

OTRAS FOTOS: MANUEL CUENYA

ISSN: 2530 – 2051

DEPÓSITO LEGAL: LE – 760 – 2009

Índice

Pepe Álvarez de Paz	
A Cristóbal Gabarrón	2
Javier Arias Nogaledo	
El viaje de Carmen	4
Daniel Higinio López Abella	
La muerte del picador	8
Isidro Cabezas	
¿Quién era Isidro Arias, al que le está dedicada una de las calles principales de Noceda?	13
Manuela Vidal Vallinas	
Una tarde. Abril y Colinas del Campo de Martín Moro Toledano ...	16
José Antonio González Rodríguez	
Mi padre emigrante	20
María del Mar Álvarez Vega	
Los zarramacos	23
Manuel Cuenya	
José Luis Prada. A Tope	25
Miguel Ángel Rodríguez Álvarez	
San Isidoro y Noceda del Bierzo	30
María José Prieto	
Memorias de un río	34

El viaje de Carmen

Javier Arias Nogaledo

“Viajar es un intento para tropezarse con la felicidad”

Jorge Wasenberg

Todo el mundo ha viajado alguna vez. Y nos da igual que el viaje haya sido a lugares lejanos, recónditos, donde jamás pensamos que nuestros pies llegarían a pisar o, por reducirlo a la mínima expresión, un simple trayecto Noceda- Bembibre.

Porque viajar es despertar, experimentar y abrirse a los sentidos, es en definitiva poner las orejas tiesas, como los perros de caza, estar atento a todo lo que se mueve.

Pero, ¿por qué viajamos? ¿Qué es lo que nos motiva? Nos movemos por placer, curiosidad, trabajo, necesidad, dejarse ir...

En el caso de nuestra protagonista, Carmen, el motivo era claro: una llamada, una invitación, un deseo de verla por parte de su hermano mayor, sabiendo los dos que sería la última vez que se vieran.

Y ante tal disyuntiva no lo dudó. A

un hermano no se lo puede decir no. Y así emprendió el viaje más largo que había hecho en su vida y que no olvidaría jamás.

A Carmen González Zabaleta se la puede conocer de dos maneras: una sería Carmen la de Bayón, por ser la mujer de Bayón, apellido único en el pueblo y la otra, quizá para la gente mayor, Carmen la de Zabaleta, otro apellido singular en Noceda, del que siempre hemos oído hablar y que tiene su origen en Guipúzcoa, tal y como ella misma nos ha dicho.

La más pequeña de nueve hermanos, Carmen, 96 años cumplidos el pasado agosto, todavía tiene viva otra hermana, Antolina, de “atención” 103 años. Atrás quedaron el resto de hermanos, incluido Tomás, que murió con tan sólo 19 años, en la batalla de Teruel, de nuestra infausta Guerra Civil.

A Carmen todavía se le llenan los ojos de lágrimas cuando recuerda que tuvo que leer la carta delante de sus padres comunicándoles la desgarradora noticia. “Estaba de pie, no sé cómo no me caí”.

El hermano mayor se llamaba Venancio González Zabaleta, nació el 11 de septiembre de 1899 y le sacaba 22 años de diferencia. Con 20 años cumplidos Venancio se embarcó en 1919, primero a Cuba y más tarde a Nueva York. Fue allí, en Norteamérica, donde vivió, se casó y trabajó como capataz de obras de carreteras.

Venancio, que mantenía el contacto por carta con Carmen y otra hermana que vivía en Buenos Aires, regresó a Noceda tres veces a lo largo de su vida,

para volver a ver a su familia. La primera vez estuvo dos meses y se enteró de que su padre había muerto, frente a esta terrible noticia otra mucho más alegre, pudo ver y conocer a su hermana pequeña, Carmen.

También les dio a sus hermanos su parte correspondiente de la herencia familiar. Volvió en otras dos ocasiones más.

En 1987, hace 30 años, Carmen tenía 66 y, en sus propias palabras, “llevaba unos años en que no era ella misma” debido a la prematura muerte de su marido Antonio. Fue cuando su hermano Venancio le escribió, la animó y le dijo que fuera a verlo. Él le pagó el viaje, y arregló los papeles, pasaporte..., todo lo necesario para que lo visitara en Estados Unidos.



Foto cedida por Carmen González



Manhattan, Nueva York

Y así, en abril del 87, Carmen puso rumbo a la aventura y, con su prima Olina, que la acompañó hasta Madrid, se echó a volar, física y metafóricamente.

Al llegar a Nueva York, tuvo dos horas de espera hasta enlazar con otro avión, entabló conversación con una chica de Puerto Rico, que le facilitó el embarque. Finalmente, tras otro corto viaje, llegó a su destino.

Tenemos la duda, ya que Carmen no recuerda con exactitud, hace 30 años de ello, si llegó a Louisiana (*Luisa*, como dice ella) o fue Richmond. En cualquier caso, es seguro que estuvo en los dos lugares invitada, da igual el orden.

Hacía ya tres años que los hermanos Zabaleta no se habían vuelto a ver y desde luego esta ocasión había que aprovecharla porque sería la última vez y es algo que ellos sabían perfectamente. En los cinco meses que estuvo se adaptó perfectamente, es más, según nos cuenta se le hicieron cortos. No tuvo problemas con la comida ni tampoco con el idioma porque se juntaban con amistades cubanas.

Con su hermano el tema de conversación favorito era la familia o el pueblo.

La llevaron a ver varios sitios, en estas fotos están en el Lake George y en la otra en State Park, Saratoga, Nueva York. Las dos son de agosto de 1987.

Y como todo lo que empieza tiene un final Carmen regresó a España. En

el aeropuerto de Nueva York surgió algún problema con el idioma, tuvo que ir al bar a buscar a alguien que hablara su lengua, encontró a una chica que le ayudó, quien le trajo a un chico negro y éste finalmente la dejó acompañada de un amigo suyo que venía a Madrid. Vinieron juntos en el avión ante una inicial desconfianza por parte de Carmen.

Venancio González Zabaleta murió el 8 de julio de 1992, con casi 93 años, cinco años después de la visita de su hermana. No tuvo descendencia pero sí familia por parte de su mujer. Un sobrino (Daniel) y su mujer vinieron dos veces a Noceda y era tan fuerte el lazo que les unía que pidieron a Carmen

permiso para ser sus “sobrinos”. Pero ella, que tan bien la trataron y que no olvidará una etapa tan feliz en su vida, no puede por menos que considerarles como sus hijos.

Llegados a este punto sólo queremos hacer una pausa, una reflexión y valorar como se merece el gesto de una mujer valiente, que sin dudarle se atrevió a ir sola desde Noceda y cruzar el océano Atlántico, plantarse en Nueva York, hacer escala y llegar a Richmond, Louisiana... Todo esto visto hoy nos parece relativamente sencillo, habida cuenta de tantos adelantos técnicos y también habrá quien diga que otros fueron antes a “hacer las Américas”. Sí, pero no con 66 años, sin saber nada de inglés, ni móviles ni otras zarandajas y con el único objetivo de ver a su hermano.

Esta ha sido una pequeña historia, mínima, dentro de la vida de dos hermanos, de un total de nueve, el mayor y la menor. Pese a sus longevas vidas tuvieron que vivir alejados, a muchos kilómetros de distancia pero estuvieron siempre unidos, comunicados, aunque sólo se vieran en contadas ocasiones, pero la sangre, la familia y el deseo de estar juntos estuvieron por encima de todo.



Foto cedida por Carmen González



La muerte del picador



Daniel Higinio López Abella

Ingeniero de minas. Escritor.
Participó en el VIII Encuentro Literario
en Noceda del Bierzo.

A las carretas! No pensaréis estar aquí todo el día –la voz fuerte del vigilante se oyó en la explanada.

Las carretas rodaron hacia la bocamina. Un agujero taladrado en la roca, con las fauces abiertas en un negro bostezo, se dispuso a engullirnos hacia la más profunda oscuridad. Quizás hacia el Averno, a los dominios de Lucifer supuestamente ubicados bajo nuestros pies. Estaba seguro de que si seguíamos profundizando en las entrañas de la tierra algún día calaríamos en él. Otras veces tenía la certeza de haber llegado. ¿Acaso no era un infierno enterrarse ocho horas en aquel oscuro agujero?

El candil, colgado al cuello como un amuleto, despejaba con luz parpadeante el camino de tinieblas, negro y profundo, que se abría delante. Empujó la oscuridad que molesta, al invadir sus dominios, solamente cedió unos metros y dejó visible la rampa donde extraíamos el carbón y donde me esperaba el picador. Allí permaneceríamos enterrados, durante las interminables ocho horas de la jornada, igual que gusanos en un enorme ataúd, amenazados por la asfixia. El agua fría de las lluvias, infiltrada entre rocas, clavó con saña los puñales del frío en la medula de mis huesos cuando la sentí recorrerme la espalda.

Las puntalas salpicaban la rampa y sujetaban el techo sobre el vacío que dejaba la extracción del carbón y eran la defensa, el refugio, las compañeras

a donde se arriman los mineros para sentirse seguros. Avisaban, con estallidos, cuando no podían evitar el desplome de los costeros de roca que, en forma de un cielo negro al alcance de la mano, pendían, sometidos a la ley natural de la gravedad, sobre nuestras cabezas. La capa de carbón alcanzaba los cincuenta centímetros de espesor, obligándonos a permanecer en la misma posición largos periodos de tiempo mientras veía borroso el techo, pegado a la nariz. Respirar se convirtió en angustia, al sentirme enterrado vivo en el interior de la montaña.

—Alcánzame otra madera —dijo



El Chato. Esto cada vez se pone peor. Hay que doblar el número de puntalas o tendremos un disgusto.

Golpeó el techo de roca con el hacha y nos devolvió un eco apagado, ronco, profundo. El peligro estaba sobre nosotros.

—¡Vamos, guaje, dame otra puntala! —apremió.

—No hay más, se terminaron ayer. Y en la galería no queda ninguna.

El Chato golpeó un par de veces con el hacha en la roca y los dos volvimos a escuchar el bramido ronco, emanado de sus entrañas. Era el aviso de que la roca se había cuarteado y el techo era peligroso y falso. Volvió a golpear en diferentes sitios.

—Guaje, revisa a tu alrededor, busca alguna madera olvidada. Muévete, haz algo antes de que esto se me venga encima —acabó la frase y el martillo picador volvió a invadir la oscuridad con su atronador ruido.

No encontré puntalas en la rampa ni en la galería. Me vio volver con las manos vacías.

—Es mejor abandonar el tajo y mandar al vigilante y la mina al carajo. No consigo encontrar algo que sirva. La única solución para hacerse con madera es arrancar un cuadro de los de la galería, pero necesito el hacha.

—Pues cógela y por tu madre, no tardes en volver. Esto se puede venir abajo en cualquier momento —golpeó de nuevo el techo antes de entregármela a la vez que la roca volvió vomitar el mismo sonido ronco, vacío y amorfo. No presagiaba nada bueno.

Me deslicé hacia el coladero, en busca de la madera y antes de que yo alcanzará la galería ¡Surgió la maldita tragedia!

Cayó el costero y el martillo cesó en su alocado repiquetear. En su lugar, la rampa se llenó de un desgarrado, doloroso y desesperado alarido.

Los gritos del Chato, asustado por lo que tenía encima, resonaron en la mina y entraron como arietes en mi cerebro. Con el corazón encogido y presintiendo lo peor comprobé, cuando la luz del candil desplazó la oscuridad, que le había caído encima una piedra de considerable tamaño

—¡Guaje, por Dios, quítame esto de encima. Creo que tengo los huesos rotos!

—Tranquilo, intenta serenarte. Te sacaré de aquí. Pero una rápida inspección vino a confirmar las peores sospechas. Dada la dimensión de la tragedia, yo no podría hacer nada. La roca pesaba, quizá toneladas, y sólo asomaba,

como en un iceberg invertido, la parte que lo aprisionaba

—Por Dios, haz algo. No puedo respirar —su voz se debilitó. ¡No siento mis piernas! —gritó desesperado aferrándose a mis ropas.

Y el pánico del atrapado se hizo visible en los ojos muy abiertos, en la mirada turbia y enrojecida, en el gesto de dolor.

—Debes tranquilizarte, estoy viendo la forma de poder sacarte.

—No siento las piernas pero tampoco siento nada de la cintura para abajo —los sollozos y la desesperación se adueñaron de él— ¡Tengo roto el espinazo! ¡Dios Santo como duele! ¡Seguro que tengo roto el espinazo!

Un sollozo prolongado. Luego, fuertes blasfemias que estallaron como barrenos en la oscuridad y bajaron un buen número de Santos del Cielo para cagarse en todos ellos. De repente se calló y, por unos momentos, sus ojos quedaron fijos mirando hacia la oscuridad, creo que fue cuando comenzó a tener conciencia de lo que tenía encima y fue cuando susurró suavemente, en forma de oración:

—Dios mío, sácame de aquí. Perdona mi desesperación. ¿Qué va ser de mí con medio cuerpo destrozado? —sollozó profundamente apoyando la cara

sobre la mano con la que le acaricié el cabello.

Paralizado, impotente y desesperado, veía que no podía aliviar, aunque sólo fuera un poco, el dolor del picador. Las palabras de consuelo se negaban a salir porque tenía atenazada la garganta y los ojos se llenaron de lágrimas rebosantes y sentí el sabor salado en los labios.

—Cada vez es mayor el esfuerzo para respirar. Los pulmones parecen estallar y el aire no puede llegar a ellos. ¡Dios Santo, como duelen! —luego añadió aceptando lo inevitable. Esto se acaba.

Permaneció callado recuperando la respiración, con voz débil continuó: —¿Qué va a ser de mis pobres niños? Roberto el mayor todavía no ha cumplido los trece años. ¿Y los otros tres? —sollozó de nuevo y apareció otra vez la tos.

—¿Qué dices, hombre? Te quitaremos esa piedra y te llevaré a fuera.

Brotó de su boca un hilo de sangre y se deslizó por la mano, con la que le sujetaba la cabeza, hasta formar un negro amasijo con el carbón. En silencio, porque no me salían las palabras de consuelo que ayudaran a mitigar el dolor del amigo, le limpié la cara y la luz del candil reflejó la agonía en los ojos.

—Te vamos a sacar de aquí —le aproximé el candil a la cara donde los ojos muy abiertos miraban de una forma inexpresiva hacia el sembrado de puntalas y no percibí en él movimiento alguno.

—¡Chato! ¡Chato! —el silencio se adueñó de la rampa y se rompió cuando sonaron como estallidos de una pistola las dos tortas que le di en la cara con la intención de reanimarle.

—Chato ¿Me oyes?

Silencio. No reaccionó. El carbón retenía un charco de sangre delante de la boca y no le latía el pulso cuando le toqué las venas del cuello. Tampoco sentí el cálido aliento de la boca. Volví a llamarle con la esperanza de notar algún síntoma de vida en él, pero permaneció impassible y se esfumó la esperanza.

La muerte se reflejó en la mirada vidriosa de unos ojos muy abiertos y enrojecidos que parecían querer escaparse de aquel rostro desaparecido tras la máscara de polvo del carbón. Con suavidad le acaricié la cara y limpié el último espasmo de sangre, todavía caliente. Pasé la mano por los ojos que se cerraron ocultando aquella mirada de pánico, perdida en el infinito. Quizá en el último instante se esforzó en penetrar en la oscuridad buscando la

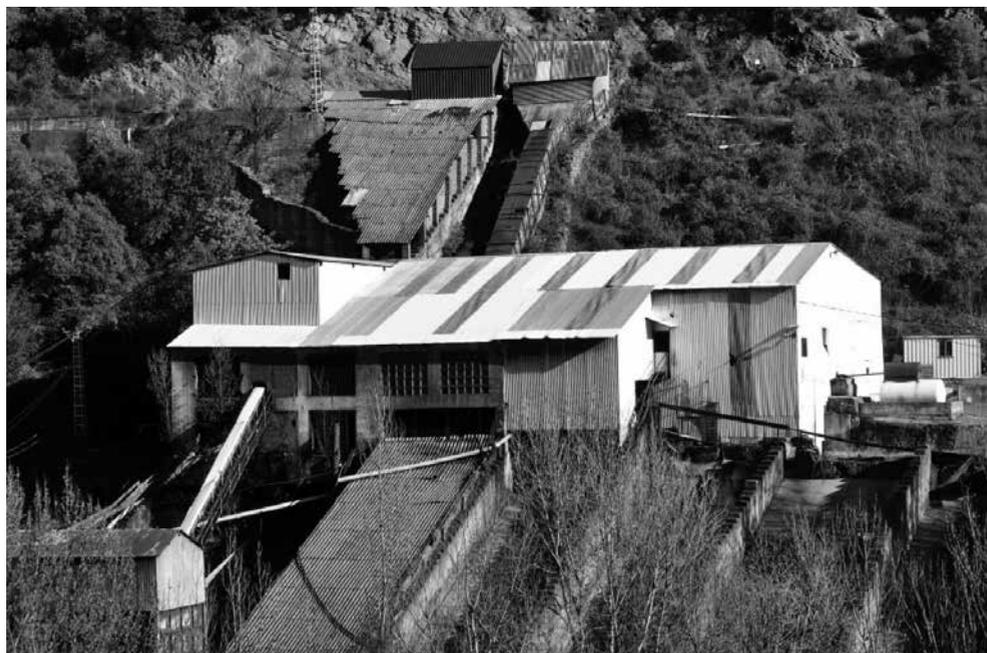
puntala que hubiera soportado el techo y salvado su vida.

Pasaba de la media noche cuando el cuerpo destrozado del Chato yacía fuera de la mina sobre la mesa de la oficina. Fue un trabajo difícil liberarle del peso que tenía encima. En la explanada de la bocamina, la luna asomó entre dos nubarrones e iluminó el paisaje cuando, ya agotado, con los nervios hechos añicos y la mente hirviendo por la saturación de impotencia, rabia y coraje, busqué un momento de descanso. Una piedra sirvió de asiento y apoyé la cabeza contra la pared del barracón.

La imagen del compañero aterrizado y lleno de pánico permanecía

grabada en el cerebro. Las lágrimas brotaron a continuación y rodaron con dificultad, abriéndose paso entre el polvo incrustado en los poros de la cara. Seguro que brillaron cuando la luna volvió a aparecer.

Al día siguiente, cuatro compañeros cargábamos con el féretro de pino por el sendero que discurre entre piornos en dirección al pueblo. Recordé las palabras de Pascual, el barrenista, ahora que me dolía el hombro bajo el peso de la caja: *“O nos envían para casa entre cuatro tablas de pino, o nos envían a morir cuando nuestros desgarrados pulmones ya no tengan capacidad ni para respirar el aire vital que necesitamos”*. ◆



¿Quién era Isidro Arias, al que le está dedicada una de las calles principales de Noceda?

Isidro Cabezas



Isidro Arias Álvarez era hermano de Carolina “Carola” y cuñado de Carlos Cabezas Travieso (Carlones), y sobrino de Francisco Álvarez “Canónigo de Astorga y tío de Teresa y conocido como el Canónigo de Felipote”.

Isidro vino al mundo el 25 de enero de 1894 en el pueblo de Noceda, cabeza de Ayuntamiento, perteneciente al Partido Judicial de Ponferrada, provincia de León y Diócesis de Astorga, hijo del matrimonio formado por Julián y Águeda, de la misma oriundez.

Noceda en esa época era una población en pleno desarrollo, que rondaba los 1.500 habitantes. En 1910 llegaría a los 1.830.

A los once Isidro Arias años ingresó en el Seminario Conciliar de Astorga, donde cursó los primeros años de latinidad “1905-07”.

Pasó a continuación a la Universidad Jesuítica de Comillas (Santander), en cuyo Seminario Pontificio de San Antonio cursó otros cuatro años de latinidad y los tres de la facultad filosófica, consiguiendo el doctorado en la misma el 26 de diciembre de 1914,

habiendo obtenido siempre la calificación de *Meritissimus*.

Durante el curso de 1914-15 en este mismo Centro ejerció la docencia de diversas materias del segundo año de latinidad. Fue después becado a Roma y residió en el Colegio Español de San José, regido por los operarios diocesanos, estudiando en la Universidad Gregoriana los tres primeros cursos de teología –mínimos para acceder al sacerdocio– durante los años 1915-1918, obteniendo el bachillerato en Derecho Canónico en julio de 1917 y la licenciatura en Teología en julio de 1918, ambos calificados como *cum laude*. Regresó a Astorga, completando durante el curso 1918-19 los estudios teológicos. Recibió el presbiterado el 15 de marzo de 1919. Y fue destinado como coadjutor a la parroquia de Benavides de Órbigo.

Requerido, se incorporó al cuerpo docente del seminario durante los años de 1921 a 1926, siendo profesor de las materias filosóficas de Lógica, Metafísica, Ética, Historia de la Filosofía y teológicas –Arqueología, Patrología, Dogmática– además de enseñar leguas bíblicas. Durante esta etapa pretendió ascender en la carrera eclesiástica, participando en varias oposiciones a canonjías vacantes en los cabildos ca-

tedrales de León –enero de 1923- Ciudad Rodrigo –enero de 1925- y Calahorra –abril de 1926-, en todas ellas resultó aprobado pero sin alcanzar el primer puesto.

El 7 de octubre de 1926 alcanzó la canonjía en la diócesis Riojana de Calahorra-La Calzada, cargo que desempeñó durante tres años, ejerciendo también otros cargos por mandato del arzobispo de Burgos como delegado episcopal.

Enterado de la convocatoria hecha para cubrir la abadía vacante en la colegiata de La Coruña, obtuvo permiso de su obispo con el fin de participar en el concurso que la proveería, el cual se celebró en Santiago del 17 de noviembre al 3 de diciembre de 1929, quedando clasificado el primero de los cinco participantes presentados. Como consecuencia de ello fue designado, mediante real decreto del 16 de diciembre de 1929, abad de la colegiata y párroco de Santa María y Santiago, de cuyos cargos se posesionó el 16 de enero de





1930, ejerciéndolos durante casi siete años. Cinco meses después era designado arcipreste de Faro.

Ascendió al abadiado con apenas 36 años pero le tocó desempeñar el cargo con serias dificultades, ya que le tocó vivir de lleno los tiempos de la II República, que provocaron grandes dificultades para la Iglesia.

Los últimos años de su existencia transcurrieron limitados por una grave enfermedad “tuberculosis comercial”, falleciendo en su domicilio (Plazuela de los Ángeles, 1) cuando contaba 42 años de edad y en medio de una estima general, el día 18 de noviembre de 1936 a las dieciocho cuarenta y cinco.

Desempeñó el cargo de Abad durante 6 años 10 meses y 2 días. Fue párroco de Santa María del Campo, de la parroquia de Santiago y arcipreste de Faro y cuarenta parroquias del entorno rural de la misma. Teniendo a su cargo a nueve canónigos.

En su historia existen más datos meritorios que no considero de interés para esta narración.

La razón principal por la que le fue dedicada la calle fue porque desde sus cargos influyó, colaboró, participó y promovió la realización del trazado y ejecución de la carretera Noceda-Bembibre.



Una tarde. Abril y Colinas del Campo de Martín Moro Toledano

Manuela Vidal Vallinas.

Poeta y narradora.

Participó en el VI Encuentro Literario en Noceda del Bierzo.

El moro, prendido, no camina más al Toledo de motines y revueltas, de calles en sombra y almizcle en la casa, agua de rosas y alcanfor, de especias sobre las carnes y en las cocinas. Postrado puede sentir el palpitar de la tierra, la algazara de vítores y lamentos entre la carquesa y la urz, el dolor y la confusión de la sangre. Fiel e infiel. Sangre vertida sobre la tierra, esparcida, bajo un sol del norte, por entre el estruendo furioso de picas y escudos, bajo el azabache de los ojos yertos, por entre cueros, lanzas o dardos quebrados como sus sueños, fertilizando en púrpura la flor del brezo. Qué lejos, ahora, Fátima o Nuzhat, qué lejos el joven que tocaba el laúd y le arrobaba el alma con la música.



Manuela Vidal Vallinas

Con aplomo de peña, tendido, el tiempo, en la Campa.

Olvido. Es su nombre. La fragilidad aparente de su cuerpo desmiente su voz. Te saca de engaños la fuerza de su pequeña boca y la vivacidad de sus ojos negros, mientras se quita unos guantes de trabajo. Grandes. Mucho más grandes que sus manos, las manos que van devolviendo, a ratos libres, con tesón

y esfuerzo, el lugar a la piedra. Era la casa de mi madre. Dice. Y señala un espacio desdibujado por el tiempo y la fatiga de los propios pedruscos. Ahí estaba la cocina. Mientras la nombra, hueles un puchero bullendo sobre el fuego lento y el hierro, sientes el calor de la estancia con el frío apostado al volver de la puerta, la humildad del sol en una ventana orientada al sur donde un Pendiente de la Reina florece sobre una vieja pota marrón como el escaño, de madera pintado. Muros quebrados, hoy, la cocina, y puedes sentir la suavidad del hule cubriendo la camilla y acomodar, con los ojos, tiernos cojines de colores tejidos con forma de estrellas.

Ella te deja yendo, sin moverte del sitio, de rincón a rincón, mientras se centra en lo importante. Mi amigo. Te sigo en *Facebook*, le dice a él que está gratamente sorprendido, al tiempo que Olvido se retira un mechón de pelo que escapó de su coleta y ahora le roza la cara. Sé que acabas de regresar de un viaje. Te puse un 'Me gusta'. Y en su sonrisa de satisfacción se vuelve pequeña la Campa de Santiago, imponente como su leyenda. Qué mejor final para su jornada de trabajo que poder hablar, frente a frente, con él. Un poco más allá, su marido, con la fatiga ven-

ciéndole el cuerpo, va dejando la ropa que usa para la obra en el maletero del coche. No viven aquí. Cuenta.

Sometido en la Campa, el infiel, se canta la noticia. La anuncian las herraduras al galope sobre las calzadas. Pero él, el moro, sabe que llegará como rumor a Toledo. Que allí lo sabrán con certeza Fátima, Nuzhat, la Madre. Que allí, después, será vergüenza y pena cuando el lobo, la senda, el urogallo, el oso, la lumbre, la ripia, el predio, como las trébedes en el fuego, albaceas de los días, testen su nombre aquí, Martín, para todo chamán, para toda era y sean rapsoda el viento y, testigo de su fracaso, el aire.

Como la osamenta de un gran animal mitológico, reposa el pueblo entre los pliegues de las montañas. Preñado de vidas que fueron. Entregado a las vidas que son, que lo reconstruyen y lo sostienen y que ríen tomando una cerveza, acogiendo y observando con amabilidad a quienes nos acercamos a conocer este rincón del noroeste, que resiste al azote del tiempo y sus tiranías. Entramos en el bar El Aguzo, dentro está Lorena con la sorpresa impresa en el azabache de sus ojos al encontrar a un viejo conocido. Mi amigo y cicerone en esta tierra. Cuánto tiempo. Se dicen. La vida, como el río Boe-



La Campa de Santiago

za, ha ido ocurriendo en el silencio de las rutinas y los amaneceres.

La alegría de mi corazón me ha dejado en el momento en que mi destino me ha vuelto la espalda, ¡fulgor del relámpago! ¿Volverán los días de felicidad? Masculla el infiel derrotado temiendo por su vida ¡Oh, tiempo del amor! Y traga bilis y escupe, con la cabeza sobre la tierra. A qué alquería llevará el agua clara de ese río que veo, hermosa cual rostro de hurí. Por qué siento ascuas en mi lengua si me nombro. Martín. Y el fuego me arrebató los

sentidos. O es el temor de lo que ha de venir, me pregunto.

Las casas juntas, dispuestos sus tejados de pizarra, los corredores de madera, los pequeños corrales, alguna parra y hasta el puente nuevo, con tensores, que han hecho unos vecinos para beneficio y ejemplo de todos. Todo en un orden propio que, en ocasiones, parecen desafiar a la arquitectura. Me gusta. Me es grato recorrerlo mientras la luz nombra la primavera en el cielo y en los pequeños huertos. Allá arriba, el Catoute, señor del Bierzo, como otro

cielo más, haciendo acopio de luz sobre su rostro, siendo Abril, madeja de lana, y dejando chascar contra las peñas de sus lomos, al Boeza, cantarín y fecundo y Madre.

No dejaré que mi razón se nuble con el polvo que levanta la algarabía de estos cristianos, que se encarama hasta lograr mi desvarío. De madera de plátano parece labrada aquella puerta. Hacía ella iré. Dice para sí mientras lo llevan atado. Tras el oro de sus incrustaciones siento oír una fuente con plato y juegos de agua. De seguro habrá

tapetes, cojines de brocado, divanes alargados y cortinas corridas. Tanta hermosura para mi entendimiento desconcertado. A dónde voy preso, cuál el engaño, de quién este dintel con estos versos.

¡Saludos y buenos deseos a este pueblo, al que los días han revestido de belleza!

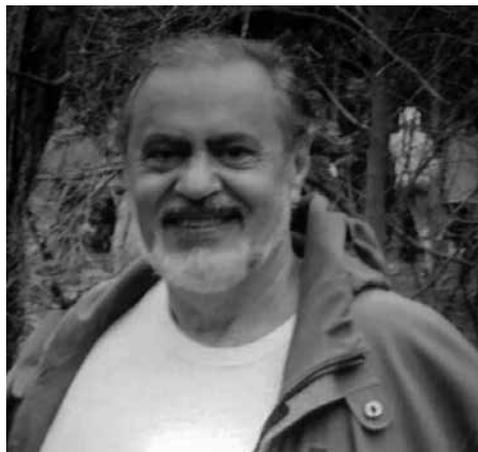
Maravillas y prodigios se contienen aquí, en **Colinas del Campo de Martín Moro Toledano**, para cuya descripción es impotente la pluma.



La autora en Colinas del Campo de Martín Moro Toledano

Mi padre emigrante

José Antonio González Rodríguez



A sí como alguien dijo que los mexicanos descienden de los aztecas y los peruanos de los incas, de los argentinos se dice que descienden de los barcos; tan cierto es, que hace apenas cien años la mitad de la población argentina era extranjera, esencialmente italiana y española. Posteriormente este flujo migratorio se fue diluyendo, y sólo en los años de la posguerra civil tuvo algún incremento, hasta convertirse en tiempos más recientes en una ruta inversa de personas que buscaban mejor destino en tierras de antepasados.

Los leoneses han sido una colonia importante entre los españoles, sólo superada por gallegos, asturianos y catalanes. Buenos Aires se convirtió en refugio y nueva casa para la gran mayoría, donde al impulso de las necesidades fueron creando nuevas actividades, principalmente en los ramos de hotelería y gastronomía, sin dejar de destacar que también se formaron empresarios en la actividad láctea (La Martona, La Vascongada) y en la industria (La Cantábrica, una metalúrgica que llegó a emplear a más de 5.000 operarios).

Hubo en algún momento de la primera mitad del siglo XX más de 1.500.000 españoles, motivo por el que llegó a mencionarse a Buenos Aires como la quinta provincia gallega y a la avenida de Mayo: avenida de los españoles. Algunos de esos paisanos provenían del Bierzo y quizás fue Noceda quien más aportó. Se podría afirmar que pocas familias del pueblo no contaban con alguno de sus miembros en esta parte del mundo.

Uno de esos emigrantes fue mi padre, José González Álvarez, también conocido como el Gafas, que “descendió” del viejo Yapeyú a mediados de 1961. Solía pasar, en aquellos tiempos, que quienes viajaban lo hacían a través de la solicitud (carta de reclamo) de algún familiar ya radicado, de tal modo que fuera su hermano Juan Antonio quien había realizado la gestión.

No fue para él la concreción de un sueño haber llegado a Argentina; él, que había estudiado en Madrid y recorrido Sevilla durante la mili, no le resultaba novedosa la vida en una ciudad, pero fue la insistencia de su hermano y el futuro de sus hijos lo que le animó a dar el salto. Salto que le dio de bruces el mismo día del desembarco, cuando el empleado aduanero le birló una botella de Terry con la excusa de que sólo se permitían dos por pasajero y él traía tres. Le acababan de robar no sólo una botella de brandy, sino parte de su orgullo. O cuando llega a la nueva casa y descubre que tiene que compartir habitación con tres desconocidos. Él, que había terminado recién de edificar su propia casa de dos plantas en Noceda, lo traían a Buenos Aires a vivir en un hotel de pasajeros, que así se llamaba a esos pensionados que daban cama y comida por algún dinero. No fueron



Plaza 25 de Mayo Buenos Aires

estos los únicos contratiempos, ya que con la venida del resto de la familia (mi madre y cuatro hijos) un año después, las cosas se complicaban cada día. Los pasajes habían insumido gran parte del capital disponible; no habría marcha atrás. Había que trabajar sin horarios ni sueldo, convirtiendo hoteles de mala muerte en lugares habitables con cierta dignidad, que su hermano se encargaba de negociar en propio beneficio mientras mi padre, cual gitano, cada año debía mudarse con nosotros a limpiar, pintar y atender la nueva adquisición. No le fue sencillo lograr la

independencia. Costó dolor y le costó salud. Y como burla brutal de la suerte, así como había abandonado su flamante casa de Noceda a poco de inaugurar, cuando logró tener la suya aquí la vida se le acabó. “Jaula nueva, pájaro muerto”, solía decir.

La historia de mi padre no es diferente a la de muchos emigrantes de aquellos tiempos, que esperanzados en encontrar mejor porvenir personal o familiar confiaban su destino a personas allegadas que finalmente los traicionaban o explotaban. Sucedió a menudo que inescrupulosos paisanos devenidos en martilleros inmobiliarios saqueaban los ahorros, producto de la venta de sus bienes, a los recién llegados con la excusa de “ponerles” un negocio, que no era otra cosa que

una ínfima parte en algún bar donde debían trabajar como empleados doce o más horas, y donde los dividendos eran reemplazados por un sueldo miserable. Siempre ha sucedido que la buena fe y la honradez han servido para que otros llenen sus bolsillos con el trabajo ajeno, y debo confesar que no han sido pocos los que dentro de nuestra colectividad en Buenos Aires han sabido aprovecharlo.

Hoy vamos quedando pocos, apenas la quinta parte de aquel gentío que abarrotaba los transatlánticos: somos los viejos y los recién expulsados por la globalización. Son tiempos diferentes, somos pasajeros de otras naves en busca de los mismos horizontes. Quizás nadie nos espera. Quizás sea mejor.



Los Zarramacos

María del Mar Álvarez Vega

Estamos en época de Carnaval, en las llamadas fiestas de invierno.

¿Quién en Noceda no conoce la palabra **Zarramaco**? Forma parte de nuestro léxico popular, al que más o al que menos alguna vez nos han dicho “pareces un zarramaco”, o también, va todo *enzarramacao*, expresiones muy típicas, cuando la vestimenta de alguien se sale de lo que consideran normal.

Sentí curiosidad por saber qué es un zarramaco, y, recurriendo a Google, que nos lleva hacia todo aquello desconocido, a través de la wikipedia, encontré su significado.

Zarramacos, también denominados campaneros, zorromocus o zamarrones, dicese de los Vijaneros, de gran fortaleza física, que llevan la cara tiznada de negro, a cuyo cuerpo van adheridos de seis a diez campanos o zumbas,



que forma parte del ritual celebrado entre la Nochevieja y los últimos días de febrero, celebrando la Vijanera en Silió (Cantabria) el primer domingo de cada año nuevo. Si éste fuese el día 1 de Enero, se pasaría a celebrar el domingo día 8 del mismo mes.

Se dice que es el primer Carnaval del año en Europa, que consiste en una mascarada colorista (la vijanera), en la que forman parte alrededor de 75 personas, todas y cada una de ellas representando los diferentes personajes, como la madama, el mancebo, el marquesito, la *preñá*, el médico y el oso, entre otros personajes.

Los personajes por excelencia son “los zarramacos”, personas vestidas

con pieles de ovejas y sombreros picudos, que llevan la cara pintada de negro, y campanas atados a su cuerpo, haciéndolos sonar para ahuyentar a los malos espíritus del pueblo, llevándolos hasta los límites del pueblo.

Qué perdure nuestro léxico y nuestra cultura, son nuestra seña de identidad.

** Los Zarramacos son conocidos en gran parte de Asturias y Cantabria como Zamarrones.*

El antropólogo, historiador, lingüista, folclorista y ensayista español, Julio Caro Baroja, quien fuera sobrino del escritor Pío Baroja, nos habla de estos personajes en su extraordinaria obra, Carnaval, que, según su autor, «versa sobre viejos cultos populares en el occidente de Europa, enfocado desde el ámbito peninsular» (El editor de La Curuja) ◆



José Luis Prada. A Tope

Manuel Cuenya



Prada a tope

Conozco a José Luis Prada desde hace años. Bueno, quién no conoce a este hombre, que ha hecho del Bierzo, de nuestra comarca leonesa, una seña de identidad. En realidad, conocer a alguien no resulta nada fácil, salvo que se tenga mucho trato con esa persona. Y este no es el caso. Pero sí



Palacio de Canedo

he podido hablar con Prada en alguna ocasión, incluido en su Palacio de Canedo.

En todo caso, Prada tiene una gran proyección, más allá de las fronteras de la hoya/olla berciana. Lleva años con su negocio. Y ha sabido venderse y vender muy bien sus productos, de calidad, sin duda. Y por ende ha dado a conocer el Bierzo en el exterior. Todo hay que decirlo.

Un tipo espabilado, con visión para los negocios, un berciano internacional, que cree en la buena materia prima, convencido de que si se ofrece

algo bueno a la clientela, ésta acabará subyugada. Como cuando un perfume excitante nos cautiva, nos embriaga. Y nos deja hipnotizados. Estoy pensando en *El Perfume* de Süskind, que posteriormente fuera llevado a la gran pantalla, en una adaptación que tiene gran interés. Al menos para uno.

Pues eso es lo que ha venido haciendo Prada a lo largo de estas últimas décadas, primero con su Moncloa de San Lázaro en Cacabelos, donde puso en valor la empanada berciana, entre otros productos ancestrales, con sabor y aroma del terruño. Y luego con el



Prada y el autor del artículo

Palacio de Canedo, que es una belleza comestible, como quisieran los surrealistas, porque la belleza será comestible (y bebible) o no será nada.

Merece la pena darse una vuelta por el Palacio de Canedo, situado en el municipio de Arganza. Es nuestro Falcon Crest, con sus viñedos, como a alguien se le ocurriera decir. Un paraje con encanto. Lástima que a lo lejos, desde el corredor del palacio, se atisben las chimeneas de Compostilla, que ‘afuman’ el ambiente con sus fumarolas. Un Bierzo que podría llegar a ser paradisiaco si no fuera que también la adulteración ha llegado a este entorno privilegiado y hermoso. Esto no lo digo con afán chovinista, sino con el sentimiento por delante.

En cualquier caso, la aventura empresarial de Prada. A Tope comenzó como zapatero, negocio que heredara de su padre.

Cuentan, quienes lo conocieran en esa época, que Prada iba por los pueblos del Bierzo, incluso del Bierzo Alto (como Noceda) vendiendo sus zapatos. La zapatería ambulante pasó a convertirse en un zoco, rastro o abarrotes en el que vendía todo tipo novedades, que encontraba, según él, en las ferias de Londres o Barcelona, adonde Prada gustaba viajar, pues uno hace patria/

matria descubriendo lo que existe más allá del horizonte. Y en esto Prada es un hombre instruido, viajado, un auténtico linco.

Pronto daría un giro a su negocio. Y se iniciaría con la marca Prada A Tope (en la que vemos su autorretrato), metiendo los productos del Bierzo, el Bierzo gastronómico, en botes, desde cerezas en orujo hasta los singulares pimientos asados o castañas en almíbar, entre otros. Incluso –ha llegado a decir él mismo en alguna ocasión– puso una pequeña barrica de vino con una zueca para que quienes pasaban por allí, entre ellos peregrinos, pudieran echar un trago de vino (otro producto que tanto éxito y proyección le ha dado. Y le sigue dando. Como ocurre con su famoso vino de maceración). Y de esta manera fue metiéndose en el bote a la gente, a los turistas y peregrinos, pero también a los oriundos.

“Un soñador con los pies en la tierra”, acostumbra a decir Prada de sí mismo, que en una época no tan lejana llegara a ejercer como regidor. Todo un personaje, que llegó a ser legionario y viajó por Europa en un coche tuneado, con cuernos en el parachoques, pintado cual si fuera un objeto Pop Art. Auto que conserva como una reliquia en el Palacio de Canedo.

Cuenta el periodista y escritor Valentín Carrera que el Palacio de Canedo “es una iniciativa levantada a pulso, con sudor, tesón a destajo, talento, arrojo y una demostrada capacidad de ilusión y entusiasmo... está cuidado, mimado, desde que entras hasta que sales y pagas el gustazo de darte un homenaje. Cada detalle, cada flor, cada madera trabajada con amor de artesano. Un centro de mesa, una lámpara acogedora, un artesanado que compite con el de Fonseca, un trato humano exquisito”. Y añade: “...llegas al Palacio de Canedo con tu coche eléctrico y

Prada tiene allí instalado un punto de recarga, decorado a tope, con su característico estilo”.

Desde 2008 también cuenta con una Fundación, cuyo objetivo primordial es la defensa del patrimonio natural y arquitectónico rural de la comarca del Bierzo, premiando a las mejores iniciativas.

Y son varias las franquicias que se reparten por la geografía española, empezando por la que se sitúa en la céntrica calle madrileña del Príncipe, en el barrio de las Letras, donde tuve la ocasión de asistir, el



Pepe Carralero y Macarena Ruiz en Prada a Tope en Madrid

pasado mes de diciembre, a los premios Lambrión Chupacandiles, que concede el grupo de periodistas y comunicadores bercianos afincados en la capital de España, comandado por los intrépidos Juanma G. Colinas y Toño Criado.

Y que en esta ocasión el premio recayó en la persona de Leo Harlem, humorista extraordinario, a quien nacieran en Matarrosa del Sil. Una velada estupenda e inolvidable en Prada A Tope de Madrid, a la que asistieran, entre otros, el magnífico pintor caca-

belense Pepe S. Carralero, que ha tenido el placer de retratar de un modo magistral a José Luis Prada. Como queda constancia en la portada de este número de la Curuja. Enhorabuena, Pepe.

Quiero agradecerle a Macarena Ruiz, profesora, pintora y compañera de Pepe Carralero, que me haya enviado este retrato de Prada. A Pepe por su amistad y buen humor, por su arte. Y a José Luis Prada por su excelente labor, siempre haciendo Bierzo, más allá de sus fronteras. Por supuesto. ◆



Juanma Colinas, Toño Criado y Leo Harlem

San Isidoro y Noceda del Bierzo

Miguel Ángel Rodríguez Álvarez

Este artículo me lo envió Miguel Ángel antes de fallecer hace ya algunos años, y ahora, como editor de esta revista, deseo que vea la luz, como homenaje a su autor, quien también fuera alumno de la Universidad de la Experiencia en el Campus de Ponferrada, y del que guardo un grato recuerdo.

Ambrosio de Morales (edición de 1765) nos indica que la primera edificación, en lo que hoy es la basílica de San Isidoro de León, fue una Fundación Real levantada por el rey D. Sancho I —el Craso—, en 960 edificó un Monasterio de Monjas para trasladar el cuerpo de San Pelayo, de Córdoba a León.

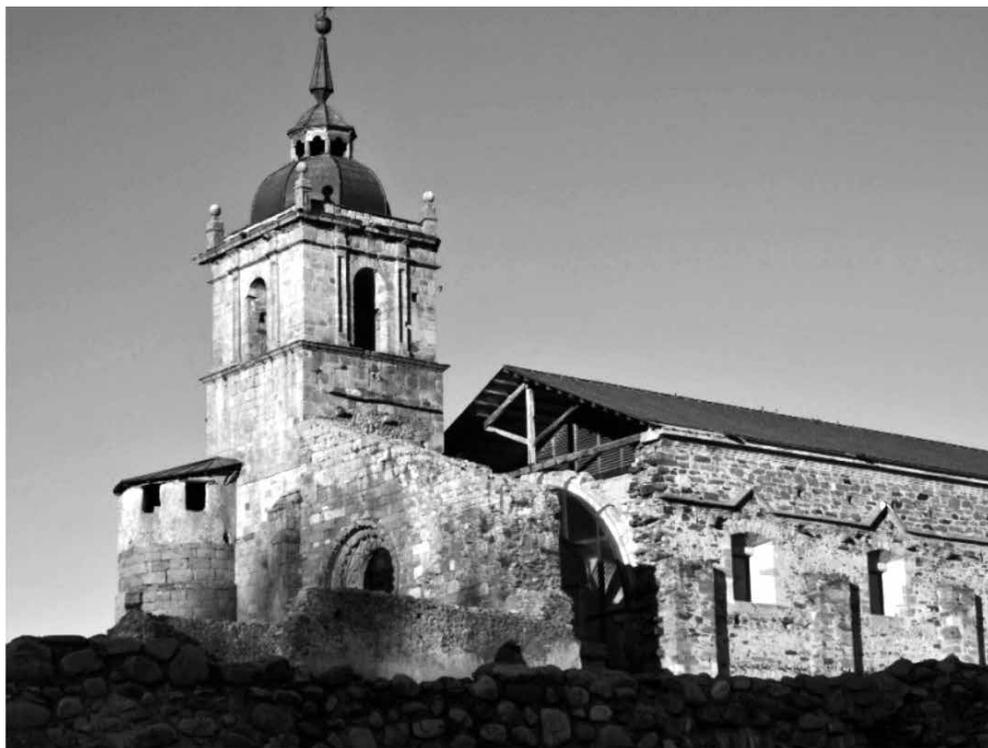
Durante el reinado de Vermudo II, rey de León, en el año 995 durante las incursiones que Almanzor hizo sobre la ciudad de León, ésta es tomada y destruida por sus tropas, así como el recién construido monasterio, que lo edificó para depositar y custodiar el cuerpo de San Pelayo, “posteriormente fueron llevados sus restos para Oviedo”. El estado en que este quedó

y el temor a nuevas incursiones lleva a Veremundo II a tomar la decisión de que a su fallecimiento (en el 999) sea enterrado en el Cenobio de Carracedo.

Con la muerte de Almanzor, en el 1008, comienzan los reinos de taifas, van desapareciendo las amenazas musulmanas sobre el norte peninsular y el rey Alfonso V (999-1028) reedifica una iglesia (con materiales de baja calidad) a la advocación de San Juan Bautista.

Fernando I, rey de Castilla (1037 – 1065), edifica en León una iglesia de piedra, destinada a cementerio regio, en el que pudiesen ser inhumados con todo decoro y magnificencia los cuerpos reales.

El rey Fernando I envía a una mi-



Monasterio de Carracedo

sión a Sevilla para que trasladen las reliquias de Santa Justa y, en su lugar, traen el cuerpo de San Isidoro de Sevilla. A partir de entonces la fundación pasa a llamarse San Isidoro.

En el año de 1063, el rey Fernando I de León entrega la villa de Noceda del Bierzo al obispo de Astorga, Ordoño, por haber contribuido al traslado de los restos de San Isidoro desde Sevilla a León. A partir de esta fecha la villa de Noceda queda estrechamente ligada al abad de San Isidoro de León.

Los historiadores, “con dudas”, nos

indican que San Isidoro, que fue obispo de Sevilla, murió en 636 en esta ciudad andaluza y que nació en Cartagena o en Sevilla en el año 560. Ni por ello, ni por la relación que, desde estos momentos, unen al abad de San Isidoro con la villa, podemos sustentar la tesis de que San Isidoro de Sevilla pudiera nacer en Noceda del Bierzo.

Debemos recordar que San Isidoro, hombre ilustre, cristiano, y de letras de la Alta Edad Media, fue ante todo un transmisor de la cultura. Su amplia obra es una compilación de todos los



San Isidoro de León

saberes de la Antigüedad. Fue maestro de reyes visigodos “católicos” y, entre otros, de San Fructuoso. Además de miembro destacado, en el obispado de Sevilla, jugó un destacado papel en la política interna del Reino de Toledo.

Conviene recordar que este traslado, de los restos de San Isidoro a León, se ordena tras la muerte de Almanzor, gobernante y caudillo de Al-Ándalus, aprovechando un período de estabi-



Panteón de los Reyes en San Isidoro

lidad política y calma generalizada. España se encuentra en período de Reconquista (el reino visigodo había sido cristiano) y por tanto de persecución del cristianismo.

No hay hechos, ni razonamientos que sostengan con fuerza un rayo de esperanza de encontrar un ilustre

personaje en la historia de Noceda. Aunque ésta no nos aporte ilustres nombres, sin embargo, la villa ha sido elegida por su entidad propia y cedida a la Iglesia, y en concreto a los dominios de las posesiones de San Isidoro de León, hasta el siglo XV. Estos argumentos mantienen el alto valor que la villa aporta a la Corona y por tanto a la Iglesia.

Se pueden hacer todo tipo de conjeturas: nos puede quedar la pregunta de ¿por qué le concede el rey Fernando I estas concesiones a la villa? A esta pregunta se le pueden anteponer o posponer cualesquiera otras, y entre ellas se podría pensar que la Villa “de montaña” de Noceda fue elegida por el rey para que sus hombres, con sus buenas yuntas de bueyes, llevaran a cabo

esta arriesgada misión por tierras del Al-Ándalus.

Pensemos que los *nocedenses* siempre se han jactado de tener las mejores parejas de bueyes, no olvidemos que estamos hablando de una zona de montaña, donde necesitamos más fuerza para la labor del campo que en el valle o el páramo. Recuerdo las buenas parejas de bueyes que aún había en la década de los años sesenta: las de mi abuelo Miguel, las del “aserradero” de Río, u otras varias de las que no recuerdo sus nombres. Tampoco dejemos de lado los famosos sementales que se reconocían en las ferias.

La importancia del valle de Noceda del Bierzo ha dejado la historia impregnada de sus huellas. Desde la Edad de Bronce los pueblos celtas, la romanización del Noroeste peninsular, el asentamiento monástico de los siglos X-XI, con los monasterios de Faro o de San Cipriano, entre otros, el vínculo de pertenencia a las posesiones de San Isidoro de León, son hechos relevantes que nos indican la importancia e interés que ofrecía el Valle de Noceda.

La ganadería, la agricultura y la minería fueron unos valores muy codiciados. ◆



Valle de Noceda



María José Prieto

Narradora y poeta.

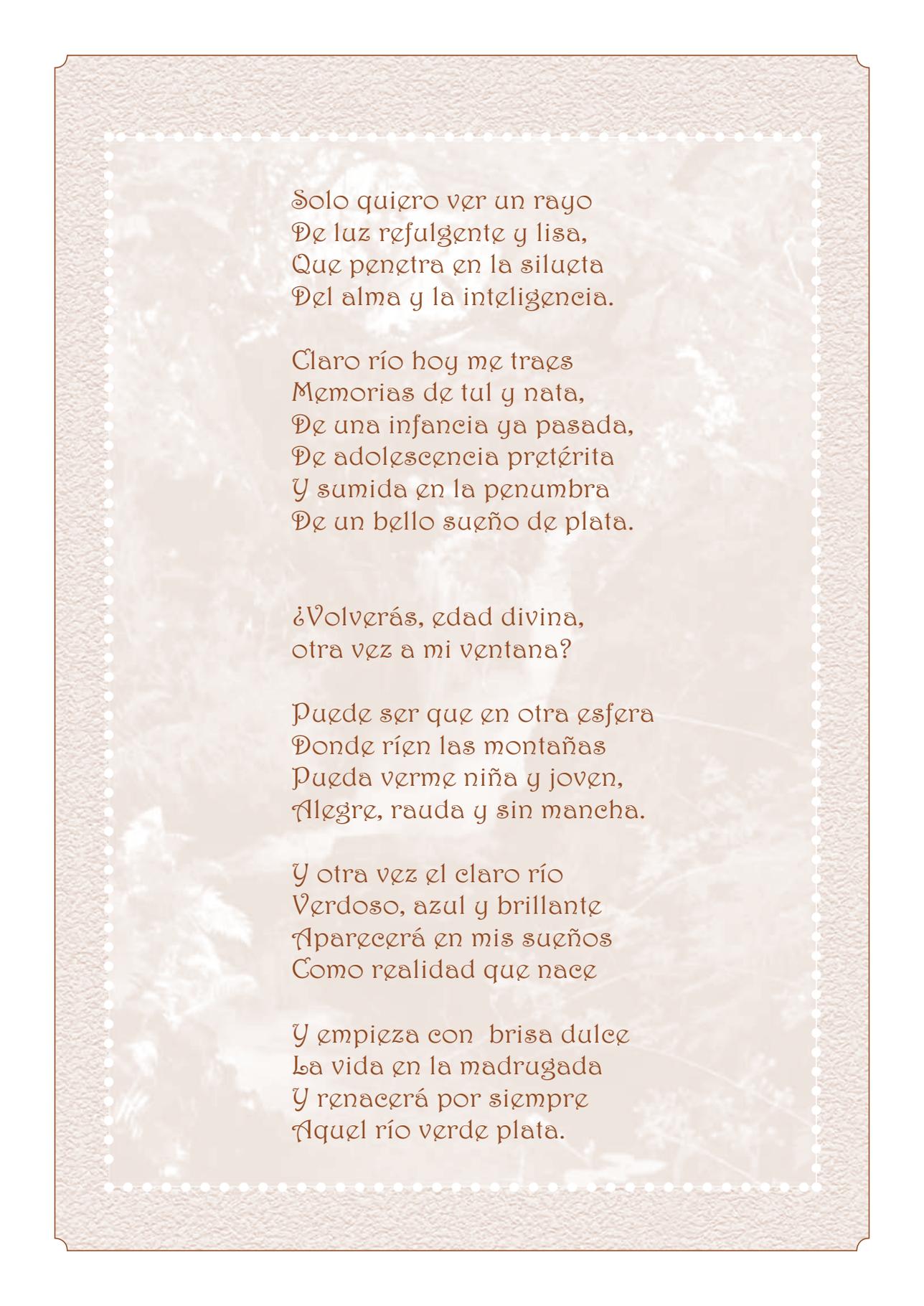
Participó en el VIII Encuentro Literario en Noceda del Bierzo.

MEMORIAS DE UN RÍO

Te vi otra vez, claro río,
Azul celeste y verdoso,
Me recuerdas otros tiempos
De lirio blanco y sin viento
Helado de las montañas.

Me refugio en el pasado
De la historia roja y negra,
En tramos clara, expresiva,
Pero siempre suave y blanda.

Nunca memoro el abrojo
De ratos desencantados,
De paisajes claroscuros,
De telarañas y vahos.



Solo quiero ver un rayo
De luz refulgente y lisa,
Que penetra en la silueta
Del alma y la inteligencia.

Claro río hoy me traes
Memorias de tu y nata,
De una infancia ya pasada,
De adolescencia pretérita
Y sumida en la penumbra
De un bello sueño de plata.

¿Volverás, edad divina,
otra vez a mi ventana?

Puede ser que en otra esfera
Donde rigen las montañas
Pueda verme niña y joven,
Alegre, rauda y sin mancha.

Y otra vez el claro río
Verdoso, azul y brillante
Aparcecerá en mis sueños
Como realidad que nace

Y empieza con brisa dulce
La vida en la madrugada
Y renacerá por siempre
Aquel río verde plata.

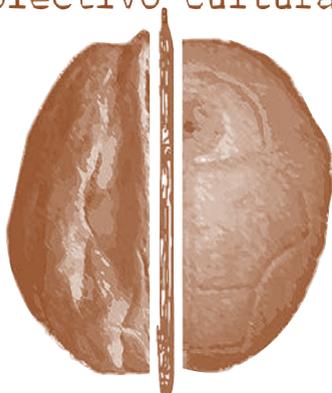


Café Bar Paco
C/ Arcos, 28
Tlf.: 987 517 158
24319 Noceda del Bierzo
(Paco)



Café Bar Las Chanas
Plaza de San Isidro, s/n
Tlf.: 628 935 827
24319 Noceda del Bierzo
(Laura y Tania)

Colectivo Cultural



LA IGUIADA
www.nocedadelbierzo.com



Peñalba
impresión, s.l.

Travesía Bellavista, s/n
24400 Ponferrada

Tfnos. 987 42 68 44 - Fax 987 40 99 12



DIPUTACIÓN
DE LEÓN



INSTITUTO
LEONÉS DE
CULTURA



AYUNTAMIENTO
DE NOCEDA
DEL BIERZO